

VII

MENSAJE MALDITO

Era un edificio de estilo altivo y severo, construido según los planos de Francisco Mansard, terminado por Julio Hardouin y decorado por los mejores artistas de la época. Una escalinata de doble evolución con seis peldaños, subía á la puerta principal que daba á un vestíbulo embaldosado con mármol blanco y violado, cuyos alternados losanjes formaban un gigantesco tablero de ajedrez. Ese vestíbulo estaba iluminado por un techo de cristal que avaloraba las esculturas de la barandilla de hierro forjado. Á ambos lados de las espaciosas mesetas, dos puertas presentaban sus ricas molduras, puertas que daban acceso á las habitaciones.

Era el hotel de la familia de Lespare, como lo indicaba, en la calle de Francs-Bourgeois, este grito caballeresco esculpido en letras de piedra en el frontis del portal:

¡ Á LESPARE LOS PARTOS !

El hotel era vasto y podía casi pasar por un desierto, por lo muy reducido de su personal. En efecto, como el conde nunca fué hombre de corte, no necesitaba ostentar gran boato, y la condesa Constanca era de una sencillez casi patriarcal. En tiempo ordinario, la servidumbre del hotel nunca se había compuesto de más de ocho personas: portero, jardinero, criados y mujeres de servicio, que acompañaban á sus amos al castillo de Tanlay en las épocas de caza.

Desde la marcha del conde y su hija al ejército de Flandes, ese personal había sido reducido aún y, actualmente, se componía de Verda, el suizo, personaje tan importante como silencioso; de Méjico, antiguo caballero de Luis, convertido en intendente, muchacho honrado, pero que nunca pudo deshacerse de su candidez primitiva; la señorita Simona, mujer de confianza de la condesa, y algunas criadas y criados de menor importancia.

Lancelot, ayuda de cámara del conde, estaba ausente del hotel desde el mismo día que su amo, así como Justina Chaminade, que acompañaba á Enriqueta.

Verdad es que tenía gran aprensión Constanca al dejar que su hija trocase el vestido de su sexo por la casaca de mosquetero y permitirle que acompañase á su padre. La promiscuidad de los campamentos podía, con razón, asustarla; pero, dado el carácter masculino y decidido de la joven, la madre se hizo fácilmente á aquella separación y autorizó el disfraz, pues Jarnac, Chaminade y Justina le juraron que la segui-

rían como su sombra y velarían siempre por ella. También le había asaltado otro temor: si llegaba á saberse la sustitución de sexo, ¡ qué escándalo! Además, ¿ no castigarían al conde por haber autorizado y hasta protegido con su elevada notoriedad la introducción de una joven en la compañía de mosqueteros del rey?

Nada vino á corroborar ese temor. Bajo el nombre y el uniforme del alférez Enrique, Enriqueta de Lespare había sido acogida por los oficiales como un compañero, tanto más fácilmente cuanto que, no habiendo sido presentada aún en la corte, ninguno de aquellos aristócratas tenía motivos para suponerla otra cosa de lo que parecía ser. Nunca la habían visto antes, y la idea de tan singular capricho no hubiera podido germinar en la imaginación de ninguno de ellos. Además, la presentación que hizo el capitán teniente, daba al nuevo alférez un sello particular.

Sin embargo, un incidente — que no pudo saberlo la condesa — estuvo á punto, si no de hacer fracasar la combinación, cuando menos de levantar algunas sospechas, al llegar la casa del rey al país en que se efectuaba la campaña. El vizconde Santiago de Courten, nombrado oficial del séquito del rey, tenía que conservar, como sabemos, imperecedero recuerdo de su estancia en Tanlay. Creía conocer suficientemente á la familia del conde, de quien había sido comensal durante más de un mes.

Pocos días antes de la batalla de Fontenoy, Santiago fué encargado de llevar una orden al capitán de mos-

queteros negros y, con el corazón rebosando de alegría, se trasladó al alojamiento de los cuerpos escogidos, porque esperaba hacer hablar al conde y tener por él noticias de la que se le había prometido por sí misma.

Como Lancelot le viera venir y lo reconociera, no sufrió retraso alguno su introducción. Al entrar, sufrió una rara conmoción al ver al alférez Enrique ocupado en escribir en la mesa del capitán ausente.

— ¡ Diablos! exclamó emocionado, tras un silencio durante el cual le miró ansiosamente el joven oficial: perdóneme, caballero, la extraña alucinación que se ha apoderado de mí al verle.

— ¿ Alucinación?

— ¡ Ah! la cosa se complica y me hace dudar de mis sentidos. No sólo sus facciones, sino también su voz, me recuerdan á una persona que nunca se aparta de mi memoria.

Como puede suponerse, el supuesto mosquetero se había preparado ya hacía tiempo á esta entrevista, que juzgaba inevitable. Lejos de huir del peligro de que la reconocieran, decidióse á desafiarlo, engañando audazmente al vizconde, á quien no podía decirse el secreto de su loca combinación.

— ¿ Quién es esa persona? preguntó, fingiendo admirablemente indiferencia.

— No es ningún misterio, contestó el vizconde. Tanto más, cuanto que lleva usted en el dedo medio de la mano derecha una sortija parecida á la que yo le vi. Lo cual aumenta aún mi confusión, si aumentar puede: esa persona es la señorita de Lespare.

— ¿Mi hermana? dijo el alférez.

— ¡Ah! ¿su hermana?

— Enriqueta y yo somos gemelos. Supongo que el que nos parecamos es, pues, muy natural.

— ¡En efecto!

— En nuestra infancia, era tal el parecido, que la condesa, nuestra madre, tenía que ponernos cintas de distinto color en los cabellos, para llegar á distinguirnos.

Mucho sorprendió al vizconde, enterarse de tan extraño modo de que su prometida tenía un hermano de quien nunca habían hablado; pero le agradó mucho, hacerse, en la persona del oficial, un amigo que pudiera transmitir á su novia sus apasionados recuerdos. Y de tan original manera fué como salió el joven Enrique del único ataque grave dirigido á su personalidad.

El idilio comenzado en el castillo de Tanlay había continuado sobre bases diferentes y no menos singulares, porque el señor de Courten, como amante sincero, no perdió ocasión de volverse á encontrar con Enrique, presunto hermano de su amor, para hacerle sus confidencias. ¡Situación extravagante si las hay!...

Suplicamos al lector se sirva acompañarnos al hotel de Lespare, en donde le introducimos pocos días después de la gran batalla de Fontenoy.

Serían las tres de la tarde. Un campanillazo dado en la portería, acababa de anunciar la llegada de una visita. Todo el hotel se puso en movimiento por suceso tan insólito, pues Constanza de Lespare había

cerrado sus puertas desde la partida de su esposo y su hija. Casi inmediatamente después del campanillazo, el intendente Méjico, se había precipitado en la pieza que precedía á las habitaciones de la condesa, y en donde trabajaba Simona, la fiel doncella. El pobre hombre estaba muy atareado. Hacía tanto tiempo que no iba ninguna visita al hotel, que éste empezaba á tomar aspecto de claustro.

— Señorita, dijo á Simona, abajo hay un hombre de muy mala cara que dice tener que hacer una importante comunicación á la señora condesa... No me es desconocida...

— ¿La comunicación, ó la señora condesa? preguntó Simona abandonando su labor.

— No. La cara; pero no recuerdo bien en donde he podido verla.

La señorita de confianza se había levantado, y dijo:

— Aunque la señora no haya retirado la orden de rechazar toda visita, haga subir á ese hombre, Méjico; luego, trate de reunir sus recuerdos.

Méjico se asomó á la meseta de la escalera para gritar:

— Tenga la bondad de subir.

Tras lo cual, entró precipitadamente, y añadió dándose en la frente una palmada:

— ¡Ah! ¡ya caigo! Tiene toda la cara de un señor viejo que, en otros tiempos, cuando la señora condesa era todavía la señorita de Calonne, nos interrogaba siempre acerca del conde... ¡Qué mala cara!...

Simona se encogió de hombros y dijo:

— Mi pobre Méjico, me ha de costar mucho trabajo hacer de usted un intendente presentable, y si no se vuelve usted más cumplido caballero, no será nunca mi ideal.

Méjico se preguntaba muy sinceramente para qué pensaría la criada convertirlo en caballero.

Á su vez, Simona, linda moza de veinticinco abriles, se decía que daba grima ver á un hombre de treinta y cinco años, guapo mozo, conservar tal dosis de ingenuidad.

El anunciado visitante acababa de entrar por la puerta que había quedado abierta. No tenía modales de señor ni tampoco de hombre de clase baja. Sin parecer fijarse en el intendente, fuése derecho á Simona y le dijo que rogase á la condesa acordara una entrevista al señor duque de Torino, su amo. Se trataba de cosas muy graves.

Parece ser que Simona tenía la enfadosa manía de formar, á primera vista, su opinión sobre los hombres, porque, después de rogar al recién venido que la esperase en tanto que ella iba á enterarse de los deseos de su ama, pensaba, al atravesar las habitaciones :

— Como caballero, no está mal éste... pero no me gustan sus ojos... ¡No... tampoco es ese mi ideal!

Era una idealista testaruda.

Una vez á solas con el forastero, Méjico empezó á mirarle de modo molesto.

— Dispéñeme, señor, preguntó sin poderse contener: ¿ no será usted por casualidad hijo de su padre?..

Quiero decir, de un señor anciano, á quien encontré en Italia.

El interpelado contestó con desenvoltura :

— No, amigo. Mi padre no ha estado en ese país, que yo sepa.

— ¡Es raro! pensó el intendente. ¡También la voz!

Simona volvía, é hizo saber al enviado del duque de Torino que la condesa de Lespare, aunque sorprendida de aquella visita hecha por un señor á quien ella creía no conocer, consentía, sin embargo, en recibirlo. Después de acompañar al forastero hasta la portería del señor Verda, el imponente suizo que abrió la puerta por medio del cordón, sin dejarse ver, Méjico volvió á subir las escaleras, de cuatro en cuatro, para decir :

— ¡ Señorita Simona, no es el hijo de su padre!

— ¿Quién?

— El personaje de los ojos vivos que acaba de salir de aquí.

La doncella se agarró con ambas manos el talle, como para contener los sobresaltos de irresistible hilaridad.

La verdad, no veo en eso motivos para reír así, dijo Méjico ofendido; quiero decir que no es hijo del señor viejo que yo ví antes en Italia, porque el señor viejo, es decir... su padre no ha viajado nunca por allí, á lo que parece.

Simona le puso la mano en la boca.

— Amigo Méjico, le dijo, nunca acabará usted esa explicación del padre, del hijo... y hasta del Espíritu Santo...

— ¡Oh! siempre se burla usted de mí, y eso no está bien, pues yo trato, por todos los medios, de agradarle...

La joven volvió á ponerse á su trabajo, y le dijo, desdeñosa :

— Pierdeusted su tiempo... ¡No tiene usted altura!..

— ¡Ah! ¿Usted juzga á los hombres por la altura?... ¿Soy yo tan bajo?... Mire, hace tiempo, conocí yo una especie de aborto, que tenía más talento en el dedo meñique que el señor Verda en toda su enorme persona. Gracias á ese conato de hombrecillo, gracias á la maliciosa amistad de aquel contrahecho, logró el señor conde desembarazarse de los poderosos enemigos de la señorita Constancia y hacerle su mujer... El ingenio infernal de aquel mal acabado hacía olvidar lo exiguo de su talle, se lo juro.

El intendente se interrumpió de pronto, para continuar en tono de misterio :

— Y, á propósito de esto, tengo que confiarle una cosa importante. Figúrese que ahora mismo acabo de volver á ver á aquel célebre patizambo, paseándose por el patio, como si estuviera en su casa. ¿Es un alma en pena? ¿Es un vivo? No sabría yo decirlo. El caso es que el señor Verda — ¡ah! ¡qué mal cumple su cometido! — no ha avisado, lo que es raro... La extraña aparición de ese fragmento de hombre no nos presagia nada bueno, porque, según recuerdo, nunca ha aparecido sino en circunstancias fatales... ¿Qué viene á hacer aquí?

Como en aquel momento atravesase una idea im-

portuna el cerebro de Méjico, clavó los ojos interrogativamente en el bordado, y preguntó, plantándose ante Simona :

— ¿Supongo que no será un amante suyo?

Simona volvió á reír locamente de nuevo.

— ¡Ah! Las mujeres son tan singulares que no me extrañaría nada que un hombre deforme fuese su ideal... ¡Pero yo soy celoso, y cuando me asaltan los celos ¡cuernos de Satán!... como suele decir mi amigo Jarnac, me vuelvo como un tigre!... como un...

— ¡Silencio, señor tigre! interrumpió Simona levantándose. ¡Vienen! ¡Vaya usted á introducirlos!

En efecto, un doble campanillazo acababa de anunciar la entrada de dos nuevas visitas. El intendente se precipitó hacia la escalera, y pronto volvió precediendo á los personajes, que no eran otros, como se habrá adivinado, que Gonzalvo, duque de Torino, y Pietri, su consejero.

— Señorita, dijo el primero, sírvase anunciar á la señora condesa de Lespare, que el señor duque de Torino está á sus órdenes.

— Corro, Monseñor, dijo la criada, dirigiendo un saludo de primera magnitud.

Y se eclipsó pensando que como caballero guapo, lo era aquél, pero que carecía de esa palidez diáfana que constituía una de las principales cualidades de su ideal.

Méjico, que había servido muy poco ó nada, según la etiqueta moderna, quiso también desplegar celo y se atrevió á decir á aquellos señores si querían tomar

algo. La glacial acogida con que recibieron su intempestiva amabilidad le hizo comprender que acababa de cometer una tontería.

El pobre muchacho, recogido por el conde unos veinticuatro años antes, en un albergue español, nunca pudo desprenderse de su original rusticidad, y siempre se hallaba cohibido entre señores, que le imponían con sus grandes aires y, según su propia expresión, « que nunca se sabe si tienen hambre ó sed ». Juzgó, pues, prudente, en vista del mediano resultado de su cortesía, ir á reponerse de ese percance, ofreciéndose á sí mismo, en la cocina, una copa de Málaga con bizcochos.

Los dos italianos encontráronse á solas, en aquel cuarto en que tantos días llevaba Simona cosiendo ó bordando, cuando su ama no reclamaba sus servicios. Á una seña de su amo, Pietri dió cautelosamente la vuelta al salón, yendo á aplicar cuidadosamente el oído contra las cerraduras de las puertas, una tras otra. Estaban solos, muy solos. Podían hablar.

Una cosa parecía inquietar muy especialmente á Gonzalvo. Él y su consejero se habían jurado no salir de Flandes antes de presenciar el entierro del cuerpo del conde de Lespare, su víctima. Pero, cosa incomprendible, inexplicable, y tal vez llena de amenazas, por más muerto que estaba, el conde les jugó la mala pasada de hacer desaparecer su cadáver.

En la lúgubre desaparición no había que sospechar la complicidad de sus más fieles satélites. En efecto, durante tres días y tres noches, por orden del mar-

qués de Gherlor y del vizconde de Courten, teniendo por guías á Jarnac y Chaminade, los cuatro maestros de esgrima de los dragones y mosqueteros, Lancelot, criado del conde, y Justo, del alférez, trataron de hallar el recalcitrante cadáver. ¡Todo fué inútil! Y todavía se hablaba de ello en la corte y en el ejército. Las legendarias proezas del conde de Lespare desvanecíanse ante tan raro hecho.

— ¡Vuelvo á verlo en sueño! declaró Pietri estreñeciéndose.

— ¡Es de suponer que no le volveremos á ver de otro modo! dijo malhumorado el duque.

— La señora condesa me manda decir al señor duque que se sirva pasar á verla, anunció Simona, abriendo la puerta. ¿Quiere seguirme el señor duque?

Momentos después, el duque Gonzalvo de Torino penetraba en el retiro de la condesa de Lespare.

Constancia de Calonne, condesa de Lespare, estaba entonces en todo el esplendor de su belleza. De soltera, en las rarísimas reuniones de nobleza en que había sido admirada, en Italia, Francia y España, cuando su madre y su defensor vivían ocultos, huyendo de las cobardes emboscadas preparadas á su paso por el duque de Toranzani, enemigo de su raza, siempre había sido considerada Constancia como reina, por lo mucho que los encantos de su rostro y las gracias de su imaginación se cernían por cima de las cualidades similares que podían lucir las demás solteras. Y la flor cumplió muy bien lo que parecía prometer el capullo. De estatura regular, con el busto idealmente

formado, los tobillos y muñecas de delicadeza exquisita, Constanca había llegado, sin marchitarse, á una edad que la mayoría de las mujeres califica de ingrata. La madre conservaba todos los encantos de la joven. Los años corrieron por su frente sin producir la menor arruga, y ningún hilo de plata había osado aún presentarse en la opulenta cabellera rubia que coronaba, como diadema real, su cabeza. Tal era la mujer sin rivales que pudo captarse el corazón del arrogante Lespare, y cuyo solo aspecto puso para siempre fin á las locuras de juventud del conde.

Cuando fué introducido su visitante, la condesa, que estaba sentada, no se molestó, limitándose á observar al recién venido, jugando distraídamente con las varillas de marfil de su abanico.

Por su parte, Gonzalvo estaba como parado. Á primera vista, aquella mujer de majestuosa belleza acababa de producir en él poderosa impresión, indefinible; flechazo singular que debía ser término medio entre un odio y un amor exagerados. Estaba algo turbado; se enfurecía por su inferioridad, de que tenía conciencia, y experimentaba un á modo de amargo goce al pensar que iba á herir horriblemente á aquella persona altiva, al exponer la fatal noticia de que era portador. Entre ellos reinaba profundo silencio. Al fin, la condesa se decidió á decir, sin ofrecerle asiento:

— No ha dejado de sorprenderme su petición de audiencia, caballero. Sin embargo, he consentido en recibirle, al oír el nombre con que se ha hecho usted anunciar. ¿Es usted acaso pariente del que daba asilo

en su castillo al duque de Toranzani, cuyo odio me hizo huérfana?

— En efecto, señora, soy hijo del duque de Torino, replicó Gonzalvo, apagando la llama de sus ojos; pero no conozco las relaciones de mi padre con el que acaba usted de referir, sino por lo que me ha enseñado la crónica. Ningún lazo de parentesco me ha unido nunca á aquel caballero, á quien no he podido conocer, dada mi edad.

Mentía con un descaro que hubiera pasmado á Pietri Pertuso, de hallarse éste presente. ¿Podía dudar la condesa? ¿Podría creer en tanta astucia?

— En ese caso, caballero, le dijo, dispéñeme la indiscreción de mi pregunta; tenga la bondad de no ofenderse y expóngame el objeto de su visita. Hable, que le escucho.

Así autorizado, el duque de Torino empezó un relato muy estudiado. Llegaba de Flandes á galope. Su buena estrella le había permitido presenciar, y no como indiferente, la última batalla, llamada de Fontenoy, en la historia. En ella se había distinguido hasta el punto de que Su Majestad Luis el Muy Amado, se dignó dirigirlle algunas palabras halagüeñas. Como su modestia no le permitía extenderse en detalles relativos á ese hecho, llegó á explicar que, desgraciadamente, en el curso de aquella lucha memorable, no todos los señores de Francia fueron tan afortunados ni favorecidos como él. No todos tuvieron el honor de contribuir como él á la victoria de la jornada y de salir sin un araño. Varios no volverían ya... ¡Á tantos y tantos

valientes que ahora dormían en tierra extranjera había visto él caer!

Jadeante, oprimida, la condesa le escuchaba... ¿Adónde quería ir á parar ese duque, cuya voz cantante giraba en torno de sus oídos y le llegaba al corazón como una emanación venenosa? ¿Estaría herido el conde Luis? ¿Por qué inexplicable cúmulo de circunstancias se habría visto obligado á confiar á aquel extraño la misión de prevenirla?

El duque la miraba á hurtadillas, leyendo, como en un libro abierto, en aquel rostro, la angustia que la tenaceaba.

— Señora condesa, continuó sentándose deliberadamente: por penoso que sea mi deber, tengo que cumplirlo, debo decirle la verdad: ¡el señor conde de Lespare, su esposo, está herido!

Constancia repitió con voz desesperada:

— ¿Herido?... ¿Luis?

Ansiosamente, preguntó:

— Y le ha dado á usted un mensaje para mí, ¿no es eso?

— ¡Ay! no, señora.

— Entonces, dijo ella levantándose, si no ha escrito para tranquilizarme, es que su herida será peligrosa... ¡Oh! conozco la energía de Luis; para no dejarme en la inquietud, hubiera acallado sus dolores, y hubiera considerado como obligación escribirme algunas líneas animándome.

Constancia estaba dominada por gran agitación nerviosa. Acercóse á Gonzalvo, y le dijo:

— ¡Acabe, señor duque! No me deje ignorar nada. Hay que decirme en dónde está mi marido... Voy á partir, quiero verle... necesita mis cuidados... ¡No tiene á su lado más... que á su hijo... un niño! ¡Ah! pero ¿y éste? No me ha hablado usted de él... ¿No le habrá ocurrido nada, á mi Enrique, eh?...

Gonzalvo creyó deber adoptar aire compungido:

— ¡Por Dios! ¡cálmese, señora!... ¡El señor alférez Enrique ha desaparecido durante el combate!

La condesa alzó los brazos al cielo y empezó á andar como leona enjaulada.

— ¡Desaparecido!... ¡Mi Enrique desaparecido!... ¡Y quiere usted que tenga calma!... Pero ¿estará, acaso, muerto?...

— Eso, no, señora, porque no se ha encontrado el cuerpo del joven oficial... La suposición más aceptable es que lo habrán hecho prisionero.

— ¡En ese caso, yo obtendré su libertad!... Pagaré el rescate que se exija... Pero ¿y mi marido?... ¿En dónde está?...

La dolorosa rebelión de aquella madre y esposa aumentaba su belleza, dándole algo fogosamente cautivador.

Al ver sus hermosos ojos lanzar chispas, al ver sus brazos blancos que se agitaban temblorosos fuera de las mangas, al sentirse las rodillas rozadas por aquella leona humana, por aquellas telas que, á cada balanceo, impregnaban la atmósfera de perfumes que él hallaba embriagadores, el duque de Torino quedó como alelado de admiración. Esa mujer despertaba

en él una pasión brutal y tan espontánea, que ya empezaba él á mirar las consecuencias. ¡Porque, si su voluntad no quedaba dueña de su corazón, tenía el presentimiento de que ese amor le sería fatal!

— Señora condesa, dijo, levantándose para tratar de recobrar sobre sí mismo el dominio que sentía perder; el señor de Lespare, gravemente herido, aunque no mortalmente, según es de suponer, ha sido transportado á Antoin, pueblo situado cerca de Fontenoy. Allí le prodigarán seguramente los cuidados necesarios á su salud.

— Entonces, me será fácil llegar hasta allí... El tiempo de prepararme... Perdona que le deje...

— Una palabra, aún, señora, tenga la amabilidad de escucharme. •

— No, señor, no puedo esperar un momento, ni un minuto... ¡Tengo que ir al lado del que me espera!... ¡Y voy!... Con mi hijo, Luis es mi sola dicha... ¡Quiero padecer su dolor, morir su muerte, si es preciso!... ¡Soy madre, soy esposa, los dos únicos seres que me son queridos están en peligro, y quiere usted que me quede inactiva!... La verdad, es demasiado pedir...

VIII

LA LOCURA DE GONZALVO

Hacia un momento que Gonzalvo de Torino no tenía aspecto muy tranquilo y parecía aplicar el oído á un ruido que venía de afuera.

La calle de Francs-Bourgeois, como todas las calles de París, estaba llena de gente á aquella hora. Cada casa de la capital parecía haber vaciado su contenido en el arroyo. Luis el Muy Amado, cubierto de los laureles de su brillante y reciente victoria, acababa de efectuar su entrada en la villa de París. La noticia de la gran jornada de Fontenoy se había esparcido inmediatamente por la capital. Y la muchedumbre se aglomeraba en todas las calles, bulliciosa, gritando cien veces: « ¡Victoria! » ó « Viva el Rey! » Como eran cerca de las cinco de la tarde, las tabernas y los puestos de refrescos rebosaban de consumidores. De cuando en cuando, aquellos acalorados clientes subíanse á los taburetes, á las banquetas y aun sobre las mesas, para ver pasar por la calle bandas de manifestantes.

Éstos, padres, madres, hermanos ó hermanas de los vencedores de Fontenoy, corrían como locos, gritando, cantando y bailando. Ninguna protesta turbaba aquella fiesta popular, aquella colosal manifestación. Por otra parte, el que se hubiera permitido lanzar una nota discordante á aquel conjunto, no lo hubiera pasado muy bien; porque París había perdido la cabeza. Un eco lejano de ese rumor endiablado penetraba como una ola tempestuosa en la calle de Francs-Bourgeois, filtrándose por las cerradas puertas y por los tapices del hotel de Lespare.

Demasiado ocupada por lo que acababa de oír, la condesa Constanca no dió importancia alguna á aquellos ruidos lejanos. En cambio, el italiano se estremeció al oírlos: no era su situación para reírse de lo desconocido, pues todo misterio podría ocultar un peligro.

Sin embargo, como en medio de aquellos clamores oyó pronunciar la palabra « ¡Victoria! » comprendió ó creyó comprender y recobró todo su aplomo, y dijo, respondiendo á las últimas frases de la condesa, cuya marcha tenía que impedir á todo trance:

— Al venir aquí, señora, yo me había jurado guardar silencio acerca de la gravedad de las heridas del capitán teniente de mosqueteros negros; me costaba demasiado ser para usted el mensajero de una noticia fatal en el momento en que toda Francia está llena de alegría. Quería atenuar en cuanto de mí dependiese el profundo dolor que no dejará usted de sentir al saber el estado de su marido; pero, al verla tan

decidida á partir, al observar la sobrexcitación febril, la perturbación en que le han sumido mis primeras palabras, creo que ya no debo guardar reserva alguna.

La condesa se había detenido en su movimiento hacia la puerta. De un salto, volvió hacia el duque y le tocó la mano con violencia:

— ¡Hable! ¡Hable, caballero! ¿No ve usted que sus precauciones van en contra de sus deseos... y que esas reticencias me matan?... ¡Ah! No tema decirme demasiado de una vez... Las medias palabras son las que me espantan. ¡Sepa que nunca me ha asustado la verdad, por terrible que sea!... ¡Frente al peligro es donde levantan la cabeza los Lespare y los Calonne!

Al sentir que la mano de Constanca tocaba la suya, el duque de Torino experimentó la sensación de una quemadura que, subiéndole á lo largo del brazo, fué á tocarle al mismo tiempo el cerebro y el corazón. Hizo un violento esfuerzo para disimular la turbación causada por el frotamiento. Nunca se había dejado guiar por los impulsos de su corazón... Y cuantas desgraciadas se habían dejado tentar por él, no tardaron en expiar su error... ¿Tendría corazón?... Hasta aquel día le estuvo permitido dudarle... Pero he aquí que ese órgano molesto se le revelaba en el momento preciso en que las maquiavélicas combinaciones del duque peligrarían si le dejaba tomar la palabra. La estúpida fascinación que en él ejercía aquella mujer á quien odiaba y quería hacer padecer, tomaba para él las proporciones de una calamidad. No obstante, á puro de voluntad, logró volver á ser

lo que quería ser, y, desviando los ojos, pronunció, con calculada vacilación, estas palabras :

— Al precio de toda mi sangre, querría ser portador de revelación menos triste, créamelo, señora... Usted me mandó que hable, voy á obedecerle, rogándole que me perdone el terrible golpe que voy á darle: ¡Fontenoy ha dejado á usted viuda!... ¡Allí ha muerto el señor de Lespare!

Gonzalvo creyó que la condesa iba á caer como herida por el rayo, por lo mucho que se le velaron con el velo de los últimos padecimientos las facciones. Pero no fué así. Gonzalvo, estupefacto, la oyó reír. La miró, creyéndola presa de locura. Y su estupor aumentó al ver que ella se había levantado casi contenta, más bella que nunca. Su voz, su misma voz había recobrado su diapason normal, para responder á lo que acababa de anunciarle :

— ¡Muerto!... ¡Luis muerto! ¿dice usted?... ¡No; es imposible! ¡Esa noticia es falsa!... ¡Quien quiere probar demasiado, no prueba nada, señor duque!... ¡Oh! ¡No quiero dudar de su buena fe!... Tal vez haya usted salido demasiado pronto de allí, para saber que se han equivocado... Yo no tengo la menor duda... ¡Luis está vivo!... Si estuviera muerto, no me hubiese usted hallado viva... El golpe que haya de matarlo producirá dos víctimas, porque nuestras dos existencias están harto bien unidas para que puedan acabar una sin la otra... Parece que me compadece usted... ¡Puede ahorrarse el hacerlo!... ¡Mi razón está completa, y á mí es á quien debe usted creer!

Y terminó tocándose el seno que subía y bajaba con movimiento convulsivo, fascinando al italiano, cuya mirada no osaba subir hasta el rostro de aquella mujer, á quien encontraba demasiado enérgica.

— ¡Si mi Luis estuviera muerto, caballero, mi corazón, destrozado en mi pecho, hubiera dejado de latir al mismo tiempo que el suyo!... Bastante probada he sido ya desde mi juventud; siendo niña, asesinaron á mi padre... ¡madre, me roban á mi hijo!... ¡No! ¡Dios, en su justicia, no ha podido permitir que maten á mi marido!...

Estaba tan radiante al expresar así el propio fondo de su convicción, que Gonzalvo, á pesar de lo que había visto, empezó á dudar.

— ¡Ay! exclamó hipócritamente, lo inexorable no se puede conjurar, señora condesa. ¡Y es para mí un dolor verle aceptar sin debilidad la desgracia que le ha caído, desgracia tanto más cruel, cuanto que el señor de Lespare no ha muerto como héroe ni siquiera como soldado... ni mucho menos!

Gonzalvo experimentó el estremecimiento del criminal ante quien pasa la mirada de la justicia, porque Constancia, sin saber la verdad que decía, replicó con repugnancia :

— ¿Va usted á calumniarle, señor duque, después de haberle matado?

— ¡Oh!.. exclamó Gonzalvo con cautela, ¿quién osaría, ante usted?... Para su desgracia, siempre podrá comprobarlo. El señor de Lespare ha sido herido en el momento en que, sirviendo de guía á emisarios

ingleses, trataba de forzar un pasaje para llevar un despacho del duque de Cumberland al general austriaco Koenigsek. Si ese despacho hubiera llegado á su destino, las tropas franceses hubieran sufrido un desastre.

— ¡Ah! ¡qué bien miente usted! dijo la condesa con risa irónica.

El italiano recibió esa bofetada sin molestarse. Tenía la piel á prueba de esa clase de heridas. Además, á todo precio, necesitaba conseguir el objeto que se había impuesto. Por lo tanto, dijo:

— ¡No, señora, no miento!

Constancia de Lespare se levantó altanera, gritándole:

— ¡Sí, miente usted!... Y lo pruebo: La fidelidad y lealtad del conde son demasiado proverbiales para que ni yo ni nadie pueda permitirse dudar de ellas... He ahí la prueba... Ahora, yo busco en vano el objeto de esa presunta traición, á la cual, obvia decir, que no doy yo crédito alguno... Como capitán teniente de mosqueteros, Lespare no tenía nada que desear. Era apreciado y amado por sus soldados, por sus iguales y por sus jefes. El mismo rey le tenía en alto favor... ¿Por qué iría á sacrificar todo esto?

— He omitido decir á usted, señora, que, desde el principio de la batalla, el capitán, desposeído de su mando, fué arrestado por el mismo rey.

La condesa volvió á su asiento y murmuró convencida:

— ¿Pero qué oficio ejerce usted, caballero, para

no sentir náuseas al urdir semejantes fábulas?... Toda una vida de fidelidad y bravura responde mejor que nada del honor de mi marido... cerca del rey... Y desconfío que se haya podido encontrar motivo plausible para romper una espada que fué siempre sostén de causas justas y sagradas.

— Ese motivo existe.

— ¡Alguna invención infame!

— Un hecho, señora, un hecho, desgraciadamente muy bien determinado. ¿De qué me serviría querer engañarla? La casa militar del rey está camino de París, si no ha llegado ya. Lo que yo diga será, pues, fácil de comprobar... Como acaba usted de decir, nadie, ni el mismo rey, se hubiera permitido dudar de la alta lealtad del señor de Lespare; pero, ante la evidencia, hay que inclinarse... Parece ser que el capitán sorprendió á dos espías extranjeros, en su campamento, y que protegió su evasión...

— ¡No puede ser eso!... ¡Su deber era pasarlos por las armas!

— Eso es exactamente lo que ha pensado Su Majestad... El conde había juzgado la cosa de otro modo, pues su clemencia, ó cualquier otro móvil, le indujo á conceder la libertad á los dos hombres... En tiempo de guerra, ante el enemigo, semejante complicidad deshonra á su autor, y eso merece la pena capital... El señor de Lespare tenía que esperar bajo su tienda que el consejo de guerra decidiera su suerte...

La condesa Constancia no replicó nada. Hubo un silencio... Hacía más de una hora que aquel mensa-

jero de desgracia parecía recrearse en pisotear el corazón de la pobre mujer. Abramada, torturada, sintiéndose ya sin energía, seguía resistiendo, rechazaba con horror la persuasión que trataba de infiltrarse en el alma, y, en su desesperación, con la cabeza entre las manos, se dirigía ansiosas preguntas. ¿Quién podría ser el miserable que había maquinado semejante infamia?... La traición (si todo cuanto acababa de oír no era una simple trama de mentiras), no podía proceder de Luis de Lespare. Estableciéndose entre ella y el ausente una especie de comunión de ideas, un presentimiento le decía que sólo los dos espías podían ser los factores de aquella infamia... ¡Sí!... ¡eran ellos el alma de tan vergonzosa trama!... ¡Pero ella juraba obtener la clave de ese misterio!... Ni un día ni una hora, tomaría ella descanso hasta encontrar á los que se habían apoderado de su hijo y de desenmascarar á los miserables que se ingeniaron para perder á su marido. Fastidiado por ese silencio cuyo motivo no adivinaba, Gonzalvo de Torino quiso dar un último y decisivo golpe.

— Aunque me cueste mucho, señora condesa, dijo, voy á disipar sus últimas dudas, revelándole la causa secreta de esa caída rápida del que hasta el día se había captado la estimación de todos... ¡Su marido no tiene disculpa!... ¡No encontraría una sola voz que lo absolviese! Padre de un hijo que, aunque muy joven aún, posee todo el valor de su raza; esposo de una mujer maravillosa que puede, con justa razón, pasar por modelo de encantos y de elevación de alma,

hubiera debido saber preservarse de la seducción de una de esas cortesanas que van siguiendo á los ejércitos en campaña. Esa nefasta criatura cuyo oficio declarado es despojar vivos á los que van al encuentro de la muerte, lo ha conducido al estado en que se halla. Tal era el oficio de esa sirena; pero él, en el momento en que se sentía acariciado por sus manos, por los effluviós de sus perniciosos encantos, hubiera debido acordarse de que era esposo y padre...

Por segunda vez, la señora de Lespare rompió á reír de modo tan imprevisto y desconcertante, que el duque no pudo encontrar el fin de su frase.

La odiosa animosidad del italiano acababa de hacerle excederse una vez más, dando á la condesa la mejor prueba de la inocencia y de la existencia de su marido. Que Lespare olvidase alguno de sus deberes de soldado, era muy poco probable, mas esto podría ser una inconsecuencia... ¿Lespare traidor á su patria? es suposición que raya en lo ridículo. ¿Pero, Lespare desconocer la fe jurada, renegar de su juramento de amor? ¡Vamos! Eso era, francamente, cómico y revelaba el sello de infernal fantasía de todo cuanto se había dicho antes.

— ¡Señor duque, dijo la condesa, con una impertinencia de que no se hubiera creído capaz, lo mejor para usted sería cerrar la esclusa por donde sale ese fango embustero!... ¿Ha podido usted creer que, triturada por el dolor, podía admitir yo un instante que una mujer ha sabido, por artificios de coquetería, sorprender la naturaleza más leal y caballerosa; que

ha sido suficientemente mañosa y cautivadora para lograr desviar á su conquista del camino recto del honor y de la felicidad?

Se levantó, cambiando de tono y volviéndose amenazadora, y añadió :

— ¡Es creerme verdaderamente simple!... Es decir, que, por escuchar la charla de una mujerzuela, hubiera pisoteado esa fidelidad que era su culto, y que, á cambio de un amor tan venal como despreciable hubiera aceptado el traicionar á cuanto amaba... ¡Ay! ¡qué poco le conoce usted!... ¡Al osar presentarse ante mí para contarme todos esos horrores, sólo me ha convencido usted de una cosa, y es que, cobarde con una mujer, ha debido usted de obrar aún más cobardemente con el señor de Lespare!... ¡Usted es su enemigo!... ¡Si él está de shonrado, usted es quien le ha calumniado!... ¡Y si está muerto.... ¡Dios mío!... si está muerto, será porque usted mismo lo ha matado... no de frente, sino por detrás, como asesino!

Á la pobre mujer se le habían agotado las fuerzas; dolorosos sollozos gruñían en su pecho.

— Al fin, conseguimos nuestro objeto, pensó Gonzalvo, está aniquilada. Y, en voz alta, añadió: ¡Le juro, señora, que he dicho la verdad!

— ¿Lo juraría usted por lo que tenga de más sagrado, por su honor de caballero?

El italiano no se apuraba por falso juramento más ó menos.

— ¡Por mi honor de caballero, exclamó, juro que

el señor de Lespare ha muerto como mueren los traidores!

— ¡Ah! exclamó Constancia, llevándose las dos manos al corazón.

Y su cuerpo, privado de vida, se desplomó como una masa, en la alfombra.

Para aquella mujer de honor, semejante juramento parecía tener un valor espantoso. Aunque no pudo creer, á pesar de todo, que su Luis hubiese olvidado á la que le había dado su vida, y pisoteado todo un pasado de gloria, para dejar á su hijo una herencia de vergüenza eterna, fué, sin embargo, herida, por la naturaleza sagrada del juramento pronunciado por su verdugo. La lealtad de su alma se negaba á sospechar que un aristócrata pudiese ser perjuro con tan infame audacia. Toda su maravillosa confianza vióse como envenenada, y, en su desesperación, habíasele retirado del corazón la sangre, para afluir al cerebro.

Aterrado, Gonzalvo se preguntó:

— ¿La habré matado?

Se inclinó rápidamente.

— ¡No! ¡Respira! dijo tranquilizado.

Durante un momento, quedóse mudo, mirando á aquella á quien su palidez exangüe la hacía aún cien veces más admirable que el ardor de su reciente indignación. Luego, apoderándose súbitamente de ese vil ser el demonio de la concupiscencia, pensó, con los ojos llenos de deseo:

— Estamos solos... muy solos... Nadie vendrá sin

que lo llamen... Y no seré yo quien me permita molestar á los buenos sirvientes de esta casa.

Furtivamente, á paso de lobo, acercóse una tras otra á todas las puertas, escuchando, como antes que él lo había hecho Pietri, si algún ruido turbaba el silencio de las piezas contiguas. ¡No! Decididamente, el diablo le ayudaba: la condesa, desmayada, estaba á su merced; la linda criadita y el intendente estarían probablemente en la cocina. Echó los pestillos. ¡Ya estaba libre, para obrar á su antojo!... Dejando en una silla el sombrero, que le embarazaba las manos, acercóse á la desgraciada. ¡Ni siquiera se le ocurrió la idea de auxiliarla! Con las mejillas encendidas y los miembros agitados por la brutal pasión que se había apoderado de él victoriosamente y le abrasaba todo el ser, pensó cometer una acción más vergonzosa por sí sola que todas las que ya le deshonraban.

— ¿Quién lo ha de saber? se decía. ¡Además, poco me importa!... ¡Ah! ¡mujer excesivamente bella y altiva y desdeñosa! ¡has hecho mal en abofetearme con tu desprecio; vas á pagar por ti y por los tuyos!

Arrodillóse junto á la condesa inanimada y le cogió la mano.

— ¡Fría! prosiguió, animándose. ¡Oh! ¡daría toda mi felicidad venidera, porque esta mano blanca, semejante á la de una muerta, recobrase una chispa de vida y respondiese á la presión de la mía! ¡Consentiría en volver á ser el cobarde paria que siempre he sido, porque sus labios, en un beso delirante, se unieran voluntariamente á los míos!

No mentía, era sincero. Su fogosa pasión, exacerbada por el deseo, le quitaba todo libre albedrío. Gotas de sudor le corrían por las sienes. Le invadía la locura, rebajándole á la categoría de animal... Estaba dominado por esa demencia bestial que se apodera de las fieras en ciertas épocas del año. Ahora, inclinado sobre el cuerpo de la condesa, la rodeaba en sus brazos y balbucía con voz silbante:

— ¡Constancia, te amo!.. ¿me oyes, bella condesa? ¡te adoro!... ¡pierdo la cabeza... se extravía mi razón... ya no me acuerdo de nada... de nada... sino de que tú eres para mí el ideal femenino... y de que estás en mi poder!